

La Dra. Cristina Grela es médica y aficionada a la literatura, la escritura y la creación artística.

Inspirada por varios trabajos desafiantes como extensionista y feminista trabajando con mujeres y con familia pintoresca, se dijo que tenía muchas cosas para contar. Para hacerlo en forma placentera a los lectores, participó de varios talleres literarios nacionales y actualmente lo hace en el taller de Mercedes Rosende.

Obtuvo algunos premios y menciones como la del SMU en 2012 y ha sido publicada en Revista Tertulia Literaria en 2011 y en Buenos Aires Negro en 2014.

Ex médica de CASMU, mantiene una destacada actividad gremial en el Sindicato Médico del Uruguay donde la conocimos cuando integramos juntos la Comisión Directiva de la Colonia de Vacaciones del SMU en el período 2013-2015. Y debido al reconocimiento que también ha obtenido en el mundo literario, la invitamos a que nos deleitara con alguno de sus cuentos. Gracias, Cristina.

Dr. Osvaldo Barrios

# Sangre que corre

Cristina Grela, junio 2015

Julio miraba el campo raleado luego de la cosecha de la avena. Sentía cierto orgullo de la tarea cumplida y de estar en consonancia con lo pactado consigo mismo y con la familia. Su campito lechero ya tenía lo que podía de vacas manchadas y terneros. Ahora ya guardados en el galpón arrasando las bateas llenas de ración. Él había soñado desde chico con los quesos. Hoy las hormas ya quedaban oreándose y, en su idea, ya estaban vendidas en el mercado local y el súper de Montevideo ya se había anunciado para comprar todos.

A caballo volvía a buscar los gurises a la escuela mientras miraba el cielo limpio. Llegó, saludó a la maestra, a la cocinera y a dos vecinas que marchaban con sus hijos en la vuelta. Sus hijos montaron de a dos en el pintado y los tres llegaron a la casa riendo de la jineteadá pícara que improvisaron. Modesta pero con todo, allí los esperaba Paulina, la madre, la esposa. Sin embargo, nadie estaba en la puerta con su

sonrisa pronta y el pan casero en la mesa. Sólo los perros que no estaban tan contentos. Asombrado, Julio sacó rápido su boina, se apeó y ató el tostado en la coronilla. Entró en la casa que estaba silenciosa. Llegó al cuarto.

Paulina estaba de 8 meses de embarazo. Según el equipo de salud rural que la visitaba, todo estaba bien. Habían ido a Montevideo a repetir una ecografía y todos los exámenes salieron normales. Aconsejaron que no hiciera esfuerzos porque la placenta estaba baja y que pronto se normalizaría.

Esa tarde, Paulina quiso esperarlos con una buena fuente de tortas fritas y algunos pasteles de dulce porque sabía que quedarían contentos. Cuando vio que no quedaba leña suficiente, se fue al galpón a buscarla.

Mientras discursaba para dentro qué, venían bien unos mimos ya que, en unos días se iría con Julio para el pueblo a tener la nena y que los gurises extrañarían. La tía del pueblo La Paloma vendría a quedarse y la vida, por unos días, les sería distinta. Llegó al galpón y cargó "como siempre", sin acordarse de su panza grande ni de las

recomendaciones del ecografista. Llegó a la cocina, descargó la leña en el cajón al mismo tiempo que un chorro de sangre le corrió por las piernas. Se asustó mucho y se fue para estar quieta a la cama. Pronto advirtió que, si bien no tenía ningún dolor, la sangre ya había pasado el borde del colchón y un charquito rojo se mostraba en el piso.

Cuando sintió los caballos, las risas y la entrada de Julio a la habitación, el alma le volvió al cuerpo... aunque fuera a medias. Julio vio aquello y también se asustó mucho. Eso no era para llanto de hombre de campo y la cosa para hacer algo ya!... y el podrido celular no tenía ni carga ni línea...—Jué pucha este aparato!, vociferó.

Paulina y Julio se conocieron y se adoraron en esas mismas Escuela Rural y Sesión de Durazno. Ambos hijos de puesteros, estaban acostumbrados al trabajo de campo con sus padres. Unos tenían vacas y los otros ovejas. Cuando terminaron la escuela, proseguían sus amores y se arreglaban para conversar en el alambrado, compartir sus dudas y sueños adolescentes, darse unos besos y comentar en qué baile se encontrarían el sábado.

Julio soñaba con comprar un campito tambero barato y arreglarse con pasto y ración y el galpón acondicionado para quesos, Todo estaba en su cabeza y con éxito asegurado. Fue a unos cursos a Sarandí y encontró un socio que vive cerca, para conversar de fórmulas y artesanías. Se tenía mucha fe. Paulina quería ser maestra. Nunca se animó a decirles a sus padres que quería ir a vivir con la abuela para hacer magisterio en el Instituto Normal de Durazno. Entendía que la madre sola no podría atender tantos hombres en la casa.

Una tarde, los padres de ambos se encontraban en lo del patrón de los campos y entre mate y mate, conversaron frontalmente sobre lo que veían de la relación de sus hijos. El domingo siguiente, matizado por la lluvia, los llamaron y tuvieron larga y seria charla de los seis. Esperaron que los muchachos les contaran de sus planes futuros. Ambos dijeron lo que sentían y las ganas de ser familia. Julio aludió a sus benditos quesos volando en los mercados y Paulina de sus sueños de ser maestra.

Doña Ecilda abrazó a su hija por ese deseo, el mismo que ella también hubiera querido para sí. Al hacerlo la levantó de la silla a su hija y reconoció una barriguita mayor que la de siempre.

En silencio, volvió a su silla y codeó al marido que sólo hablaba de cómo ayudarlos a comprar un campito y armar un casorio de verdad, una fiesta al mejor estilo campo, campo... y veía humear el asado con cuero y el baile con el acordeón de Don Vito y CDs modernos. La conversación terminó con seriedad y alegría para tres y preocupación para los otros tres.

Al día siguiente, cuando el sol despuntaba, Ecilda se acercó y sentó en la cama de Paulina. Crujieron las crines del colchón y la muchacha se despertó asombrada. Doña Ecilda habló y dijo:

—Hija, usted sabe cuanto la quiero. Algo me preocupa y es que no me haya contado que venía una pancita con premio. Su futuro de ser maestra que se aleja... Yo sé que con el Julio hace años que se quieren y que todo va a salir bien con esa criatura: se casarán pronto y será un niño sano y usted pasará bien... Cuando me casé con su padre estaba de tres meses y bue, nació usted sanita y lindaza... pero, tampoco pude ser maestra. Me fui llenando de hijos y la tarea, usted vé, aquí nos ocupa a las dos con tantos hombres trabajando por ahí! De alguna forma nos arreglaremos m' hija y seguiremos pensando porque ahora entiendo, nunca es tarde para ser algo cuando una quiere. Cuente conmigo siempre.

Mientras se despertaba, Paulina trataba de hacer de la maraña de pensamientos uno largo y solo...

Habían pensado mucho con Julio. Tal vez interrumpir ya que ahora es ley le había aclarado la partera del equipo rural. No tenían nada como para vivir juntos, sólo escaparse lejos, y eso los hacía sentir mal ya que ambos eran muy pegados al campo y a sus familias.

El más complicado era el padre de Julio, Don Ramón que era de esos gauchos duros, rectos, de mirar de reojo y de pocas palabras más que decir una vez las cosas y esas eran ley para todo el mundo. El hombre escondía un corazón más blando que se notaba cuando le nació el primer nieto. Tal vez, el abandono desde niño y el trabajo temprano en la casa del patrón que le dio el puesto y otras desgracias, lo hicieron así. No obstante, cuando su futuro consuegro le habló entusiasmado de ayudar a los

muchachos, ya quedó pensando en hablar de arriendo con el chacrero que encontraba en la feria de ganado.

En seis meses nació el primero de los gurises, y a los 2 años el otro cuando ya vivían en un rancho decente y de su trabajo, los quesos, la quinta y algunas manualidades de Paulina. Ella hacía vasijas de espiga y quesitos con hierbas que cultivaba y vendía en las ferias con los Grupos de Mujeres Rurales.

—...Y ahora esto!

Sin celular no pudo llamar la emergencia! Mario, mandó al hijo mayor a avisar a la abuela Ecilda que se aprontara a acompañarlos al tiempo que prendió el tractor, le colocó la zorra chica cerrada, acomodó el colchón y fue a cargar a Paulina que estaba pálida de hemorragia pero más, él pensaba, de susto. La acarició y como pudo le dijo cuánto la quería y, con la voz quebrada, le señaló el cielo para mostrar que su amor no tenía límite, era infinito y, en secreto, le dijo algo que se repetían desde que eran escolares...y Paulina se rió y tranquilizó.

Ya en la ambulancia improvisada llegaron con su carné al Sanatorio de Durazno. La guardia dijo que era una hemorragia de la placenta y esperarían media hora para recomponer la sangre perdida y ver si la cabecita se encajaba para el parto o harían cesárea. Paulina parecía estar convencida y tranquilizada por estar allí bien atendida. Ni una contracción...

Estaban con ella la partera y la médica obstetra...y su marido y madre adorados llenos de miedos. Ella era la que los tranquilizaba:

—Madre, acuérdesse que estas cosas le pasan a veces a las ovejas y, viene el veterinario y ellas salen como si nada y el corderito saltando y mamando! Yo estoy tranquila y ya pasamos dos horas...en media más, ya estará llorando Leticia. Ya verán!

Ellos decían que sí y se encomendaban a lo que fuera...maè, paè, espíritu santo y otros santo del cielo. Estaban temblando por todo, por este rayo que cayó en medio de un cielo celeste.

La hemorragia no cesó y llegó la cesárea con anestesia epidural y conciencia plena, por lo que Julio vestido de fantasma de papel de arroz, tapabocas y guantes, fue el primero en acunar y acercarse a su niña y abrazarse llorando a Paulina qué, sin un solo dolor,

estiraba los brazos para hacer un trío amoroso moqueando.

Leticia marraneaba muy fuerte,

Doña Ecilda, sacaba fotos con el celular y decía: —Por fin aquí hay línea no como allá que no conecta. Mientras la llenaba de alegría, su primera nieta nena!

Paulina demoraba en sentir las piernas y la doctora hizo una receta para que Julio trajera una medicación especial de urgencia. Allí fue corriendo contentazo y campeando un nuevo miedo.

Se topa en la farmacia con una fila de gente que protestan porque están demorando en la entrega de medicamentos. Critican todo: falta de asientos, calor, frío, tickets...y parecen darse ánimo entre todos para seguir protestando y hablar con el Director!!!

Desde la ventanilla la funcionaria le hace señas de que se acerque que sabe que viene de la Sala de Operaciones.

Mientras Julio piensa...—Esta gente no sabe lo que es pasar por el miedo y la zozobra... vienen por pastillitas! Pero dejémoslo ahí...y sale corriendo a la Sala.

Paulina ya estaba sintiendo las piernas, ni una gota de sangre alrededor y Leticia en su cunita con la abuela al firme, mientras lloraba emocionada por un ojo y, por el otro con pena por la vocación de su hija, su misma vocación truncada. Y se repetía— No hay felicidad completa!

Los días de internación pasaron, las dos progresando y mamando. Toda la familia vino empilchada de ciudad a ver a su madre y hermana y volvieron llenos de sueños del futuro de Leticia y de ellos mismos, rumbo a sus casas de pleno campo ganadero, solitario, muy verde y cansino.

La lágrima de preocupación de Ecilda se hizo acción.

Las mujeres del grupo de Lecheras visitaron a Paulina en el sanatorio y a solas conversaron mucho. Le contaron que ya habría un ómnibus de las Escuelas Técnicas que el año siguiente pasaría a las 7 de la tarde y volvía a las 10 de la noche. Recogería y devolvería a todos los alumnos en el camino para llevarlos a Sarandí porque hay una carrera de dos temporadas de Ayudante en Magisterio!

—El curso es a la hora de la cena dijo Kika y, si el Julio se opone, viene mi hija chica, la Florencia, a cuidar los gurises...